



Toda nuestra vida debemos aprender a morir (izquierda)
El destino de los hombres es morir una sola vez (derecha)

Las reuniones anuales tenían en algunos lugares carácter de pantagruélicos banquetes en los que corría con exceso el vino, y la carne se tomaba sin medida. Dependiendo del número de cofrades, ya que a ellas solía o más bien debía de pertenecer todo feligrés buen cristiano, se empleaban en el banquete anual determinado número de carneros, o de vacas. La carne se compraba al alza y el trigo se vendía a la merma, por lo que no resulta extraño que en algunos libros, tras la inspección, se anote aquello de: *que se vendan los granos en los meses mayores del año, pues de las cuentas que se ofrecen se reconoce que están vendidos los granos a precios bastante bajos...*

Bien es cierto que las cofradías no sólo a comer y beber se entregaban, también se encargaban, como anteriormente leímos, de dar sepultura, acompañar el cadáver, poner la mortaja, hacer los velatorios y, en fin, llevar a cabo la desagradable misión de despedir a quien dejaba este mundo.

La muerte, junto a la boda y el bautizo o nacimiento, ha sido siempre uno de los grandes fastos de todo pueblo. El momento de demostrar, la familia o el interesado, su poder económico o su acendrada religiosidad. De una familia “*pudiente*”, ha de salir un bautizo señalado. Una boda por todo lo alto y un no menos distinguido funeral.

Si tomamos para ejemplo en esta ocasión las últimas constituciones del Cabildo de Clérigos de Atienza, elaboradas en pleno siglo XVIII, obtendremos de sus capítulos todo un complejo ceremonial de entierro, con sus clases o categorías, y sus costes. Un entierro de primera o tercera clase, daba cuenta también del poder económico del difunto, y de sus mayores deseos de llegar al reposo eterno lo antes posible, incluso sin pasar por el intermedio del purgatorio. En ello jugaban papel importante los clérigos de las distintas poblaciones, que habían de estar atentos al cuidar del bien morir de quien a ello se aproximaba, y de velar porque antes de la partida dejasen a la iglesia la parte que a la iglesia correspondía. En ello también los obispos debían aleccionar en más de una ocasión a los respectivos párrocos, para que anduviesen listos y quien partía dejase antes sus correspondientes ofrendas en forma de misas y aniversarios, en un testamento eclesiásticos que más que por piedad debía de hacerse por obligatoriedad.